

en hacer temblar al débil y en amedrentar á la razon que le condena.

Por conseguir este fin no perdona recurso alguno, y se precipita en su encono á quitar el hacha de manos del verdugo, para ser él mismo quien descargue el homicida golpe.

Y la historia, con su severo juicio, manifiesta en sus tradiciones, que los déspotas no se conformaron con ser simples guardianes de la ley, sino que en su frenética ambicion procuraron sobreponerse á la misma ley, creando otra, extraordinaria; hija de sus pasiones y de su cobardía, que les sirviese mas tarde para dominar á los hombres, que con abnegacion y patriotismo, tratan de oponerse al reinado del crimen conque se engolfan.

La tiranía se juzga diosa del universo, y loca en sus pretensiones se burla hasta de los cielos, hasta de la luz por quien mira.

¡Infeliz! olvida de adonde llega la tempestad, no recuerda que las sombras entristecen el alma, y salvaje coronada maldice mas tarde los efectos de sus propias obras.

El temor de la venganza popular hace á los déspotas aumentar su omnimodo poder, y tratando de infundir terror, promulgan edictos sanguinarios, que subyuguen al pensamiento y amedrenten á las conciencias.

El dictador moderno en las subyugadas y nacientes repúblicas, para satisfacer su encono y sus iras, ha inflamado su cerebro con las extraordinarias facultades que le concede el derecho, para salvar á la patria del ataque extranjero, no para librarse de las acusaciones justas con que le torturan los hombres que defienden á la humanidad, al atacar sus vicios y sus crímenes.

¡Infeliz dictador! lo absurdo de sus creencias no le valdrán mas tarde otra cosa que la maldicion de los oprimidos, acaso llegue la justicia divina de que se burla, á quemarle el corazon con el fuego sagrado del remordimiento, que destruye la paz y condena al espíritu.

¡Infeliz dictador! degradado á su propia vista no merece ni la compasiva mirada de la caridad, porque ésta, tambien

ofendida, temerá acercársele, temerosa de un nuevo insulto.

Los dictadores criaron las facultades extraordinarias; estas, los abusos y los crímenes mas repugnantes que han hecho sufrir á la humanidad, siempre sacrificada, muy pocas veces comprendida.

Los pontífices de Roma obligan al pueblo á besar sus sandalias; los emperadores romanos gustaban de ser considerados como los dioses; los sacerdotes del Profeta reciben el respeto, dando á tocar sus perfumados singulos; el Czar de Rusia exigia el tributo de la virginidad; el emperador Guillermo el sacrificio de la juventud estudiosa para sus ejércitos; la reina Victoria el fausto de su Lord y el abordaje de sus buques; el celeste emperador el borceguí de los infantes. El dictador de México, D. Sebastian Lerdo de Tejada, no se conforma con tan poco; en esa fraseología del despotismo, de la tiranía y de la dictadura, no encuentra nada que sacie los deseos de su alma; quiere algo superior, y creyéndose mas poderoso que los grandes monarcas de Europa, exige de sus serviles las facultades extraordinarias, que le deben hacer el absoluto señor de las vidas y de las haciendas, el verdugo de la ley, el azote de los que se oponen á sus aberraciones.

Así lo decimos porque así lo sentimos, y si por decir semejante verdad hemos de merecer el golpe de su venganza, dispuestos estamos á sufrirlo sin resistencia alguna.

Clave el puñal de sus facultades omnímodas en el latente centro de nuestro corazon, seremos víctimas los independientes de su terrible saña, pero jamas doblaremos la cerviz, cobardes y degradados, ante el idolo que irrita las conciencias y suicida las esperanzas de la patria.

Esperamos resueltos: la tranquilidad de nuestra conciencia eleva nuestro espíritu, nos dá ánimo para mirar de frente al tirano, fuerza superior le presta á nuestro débil pulso, para sostener la pluma que estampa nuestros pensamientos.

Si en la contienda que con mas brío emprenderemos se nos conduce al sacrificio, al llegar á la sagrada piedra del martirio, así como nuestros padres al sentir el arranque de su corazon, clamaban á sus